

Roma, 10 de marzo de 1976¹

La alegría de volver a encontrarnos hermanos

Tú has mantenido contactos con muchos cristianos no católicos. ¿Cómo veías antes a estos hermanos y cómo los consideras ahora?

Esto: ante una botella que está llena en sus tres cuartas partes se pueden tener las dos reacciones conocidas: ¡Ah! ¡Todavía me falta un cuarto! O bien: ¡Ya está llena tres cuartos!

La primera expresión dice como anteriormente yo veía a mis hermanos no católicos, es decir hace quince años, antes de empezar a trabajar para el ecumenismo, con todo el Movimiento de los Focolares. La segunda reacción es la que tengo en mi corazón durante estos últimos años.

De verdad no sé como dar gracias a Dios por haberme dado la oportunidad de relacionarme con cristianos de las más variadas e importantes denominaciones.

Vivir con ellos, tratar con ellos, sobre todo conocerles, desde que se han abierto porque han aceptado el poder establecer con nosotros una relación de caridad recíproca en Cristo, me ha puesto en el corazón un inmenso sentido de asombro y agradecimiento a la Providencia por haber salvaguardado en estas Iglesias o comunidades eclesiales tantas riquezas de fe, a veces de esperanza, en estas otras liturgias, acerca del valor de la Palabra de Dios...

En contacto con ellos se me ha agrandado enormemente el corazón. He "sentido" que no somos solamente una familia de 690 millones de hermanos, porque somos "católicos" (por lo menos así lo dicen las estadísticas, sin tener en cuenta las crisis que pasan muchos), sino de casi mil millones de "cristianos"... aunque faltan algunas cosas (a veces muy, muy pocas) para la plena unificación de las distintas Iglesias.

Todos somos hermanos que aman a Cristo, que tratan de amarlo. Y tener este denominador común ya es mucho, muchísimo.

Todos juntos pertenecemos a la Iglesia, aunque no todos a la unidad católica. Esto es lo que una vez Pablo VI dijo hablando a un grupo de luteranos.

Si la división de los cristianos en cientos de denominaciones puede dejar sin aliento, sobre todo ante el problema de su reunificación, quien está inmerso en el trabajo con estos hermanos y los ama, experimenta una alegría especial. Y estas no son palabras. Es una alegría, creo yo, que sólo aquí se experimenta: la de descubrirnos como hermanos porque Cristo está en ambos.

Y esto, entonces, nos da el impulso para llegar hasta el final, para poner en comunión "todos" los bienes espirituales que tenemos. Nos hemos dado cuenta de que estos circulan, que el amor hace milagros, que en todas las iglesias suscita gente que trabaja por la unidad, que actúan dentro de su propia Iglesia amando, iluminando, donando, para llegar a la meta: una sola Iglesia.

¹ Publicado en Città Nuova, n.5, 1976